AGUSTÍN YÁÑEZ, *Flor de juegos antiguos*.—México, 1942.

Flor de juegos antiguos es una obra de indubitable mexicanidad. Y de mexicanidad que llega al clasicismo. Más por su estilo, que por su tema. Este pertenece al acervo de la tradición hispánica: solera fina que refuerza el amargorcillo que produce la realidad palpitante de la vida de un niño mexicano. La simbiosis de la obra ofrecía demasiados elementos ya conocidos antes. He aquí el peligro inicial, vencido por su propia honradez espiritual. Ahí estaban ya *Platero y yo* de Juan Ramón, *El libro de Sigüenza* de Miró, o *Las confesiones de un pequeño filósofo* de Azorín. Y también el folklorismo de un Antonio Machado o de un García Lorca. Y allende la península, en la Argentina la literatura infantil de Constancio Vigil; en México mismo, la gracia de *Pero Galín* de Estrada o el neocolonialismo de los cuentos de Valle-Arizpe. La incursión de Agustín Yáñez por tierras muy trilladas era peligrosa: o solar o yermo. Un genuino instinto literario, que no la fortuna, nos da lo primero.

Desde las "posadas" —así comienza— hasta las excursiones chapalescas —así termina—, pasando por los cantos de corro y las picardías de niños, el estilo, dúctil, grácil, inconfundiblemente mexicano, pone en pie al niño y le hace corretear por todos los ámbitos del ser. El primer párrafo del colofón es significativo en sí: "Estas páginas, transidas por el recuerdo de Guadalajara y maceradas en los perfumes, colores, ruidos y decires de la clara ciudad, fueron escritas lejos de ella, entre los años de 1931 y 1939." La lejanía se ha convertido en relumbrante bisturí que va cortando los tejidos del recuerdo. Había un peligro: un sentimentalismo falso. Pero la mano va firme y el instinto seguro de lo que busca: el recuerdo de los sentimientos, del sentir allá donde no quedan más que las vísceras de la memoria. Y siempre todo dentro de lo mexicano:

Dice mi tío Manuel que en Estados Unidos sí se celebra bonito el año nuevo; salen todas las gentes disfrazadas; ha de haber carros alegóricos; no hay quien deje de alegrarse y hacerse regalos; en todas las casas hay fiestas; dízque comen pavos: esto es lo que me parece increíble; ¿de dónde sacarán tantos pavos, que aquí son tan raros? yo nomás los he visto con sus colas de obispos, en los jardines y las azoteas de casas ricas, y eso, muy contados: ¿qué harán los gringos con tantas plumas de pavos? en la rinconera de mi casa hay un florero con tres de esas plumas, que son el gran lujo de la sala; sin chanza: se ven bonitas; parecen aquellos abanicos grandotes con que pintan a los criados que acompañan en la historia a los faraones de Egipto y creo también que al Santo Padre de Roma. A lo mejor ni son pavos lo que comen este día los gringos: serán pollos finos, o, a lo más, guajolotes. Bueno, sí, es cierto, ya lo quisiera yo; en mi vida, nomás una vez he comido guajolote: el día que mi papá y mi

mamá fueron padrinos de una boda, creo cuando se casó el maestro Godínez, que es tan buen albañil y tiene tanto trabajo. Por cierto que estaba suave el pepián y yo le entré macizo. (pp. 51-52.)

A veces, en ciertos momentos muy perfilados, estamos completamente dentro del estilo mexicano, de su mexicanidad, con su gracia inconfundible:

De la esquina me silban. Volteo. Me gritan:

—Gerónimo Leal . . . Gerónimo . . . Iguanodonte.

Sacan la cabeza, detrás de unas bancas, en el puesto de nieve instantánea, Juan Pérez, la Gallareta, y Urbano Palafox, el Fifi, que se cree la Pantera Negra.

—Vámonos haciendo la pinta —grita Palafox—. Nos iremos a bañar al Profundo.

—Zas, suave, vamos a hacernos la pinta. Pero a mí me gustaría más ir a los baños del Tepopote o al de las Damas. No me ajustan los fierros para ir al Profundo.

—Qué le hace; nos vamos de moscas en el tranvía de Zapopan.

—Sí, le mosquearemos al remolque.

—No, porque también nos entretendremos mucho si vamos tan lejos; yo tengo que estar en la casa como si hubiera ido a la escuela, para que no me caigan.

—Andale, rajón, hijo de familia, mejor que te hilvanen en las naguas de tu mamá.

—Ya estarás, pantera negra; tú diario andas creyéndote la Divina Garza y no eres más que un méndigo zopilote.

Entonces fué el primer pleito. (p. 107.)

Y así se desliza la lectura hasta llegar al último capítulo intitulado "Mar de mentiras", deliciosas excursiones por los contornos del lago de Chapala. Y así deja Agustín Yáñez, con su *Flor de juegos antiguos*, un jalón bien puesto en la literatura mexicana. Sin llegar al pochismo, se acerca a veces a un sano *cantinflismo*, que es sobrio perfil de lo mexicano y de la mexicanidad. El estilo, fluente siempre en su tradición hispánica, expresa misteriosamente el sentir de todos los mexicanos. La mexicanidad está formulada en la realidad viviente que agrupa a todos los mexicanos y los distingue nítidamente de los argentinos o de los españoles. Logro seguro y a la altura de lo clásico, lo castizo: eso es *Flor de juegos antiguos*.

F. SÁNCHEZ Y ESCRIBANO,
Connecticut College.